



LA INTEGRIDAD NACIONAL.

DIARIO POLITICO.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

MADRID.—Un mes, 8 rs.—Un trimestre, 22.—Seis meses, 42.
PROVINCIALES.—Tres meses, 20 rs.—Seis meses, 54.
EXTRANJERO.—Tres meses, 26 rs.—Seis meses, 110.
Se admiten anuncios y comunicados á precios convencionales.

DIRECTOR:

ANTONIO G. LLORENTE.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

Redaccion y Administracion, calle de la Farmacia, 13, principal.
Librerías de Durán, Leocadio Lopez, San Martin y Universal.
Los pedidos de provincias han de hacerse directamente á la Administracion de Madrid, con remesa de su importe en libranzas ó sellos de franqueo.

CÓRTEES CONSTITUYENTES

Extracto de la sesion celebrada el día 11 de Junio de 1870.

PRESIDENCIA DEL SR. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesion á las dos y cuarto, y leida el acta de la anterior por el Sr. Secretario Llano y Persi, fué aprobada.

Pasó á la comision de actas la credencial que como Diputado electo por la circunscripcion de Salamanca habia presentado el Sr. Rodriguez Pili la; y las de los Sres. D. José Abascal y D. Vicente Rodriguez, electos por la circunscripcion de Alcala.

Pasó á la comision que entiende en el asunto una enmienda al art. 12 del dictamen relativo al cumplimiento del plan general de ferrocarriles.

Pasaron á la comision respectiva las exposiciones siguientes:

Cuarenta y una presentadas por varios diputados, en que se pide por distintos pueblos que se nombre rey al Duque de la Victoria.

Una de los comerciantes é industriales de la villa de Archena, presentada por el Sr. Garcia Lopez, pidiendo se suspendan, sujetándolos á nueva revision, el reglamento y tarifas para la imposicion de la contribucion industrial.

Y por último, otra de gran número de progresistas democráticos de Oviedo, presentada por el Sr. Garcia San Miguel, pidiendo se nombre rey de España al general Espartero.

El Sr. Pascual y Genis, pide que el Sr. ministro de Fomento se sirva remitir el expediente instruido á consecuencia de la resolucion de 9 de Julio de 1.69 en pleito seguido á instancia de D. Juan Julian Martinez y Don Jorge Rubio, y si no es posible que venga el expediente, copia del dictamen que el Consejo de Estado dió sobre el cumplimiento de la ejecutoria.

El señor ministro de Fomento contestó que vendria ese expediente.

El Sr. FERNANDEZ DE LAS CUEVAS: Desearia saber si el señor ministro de la Gobernacion tiene inconveniente en traer los telegramas que haya recibido del gobernador con motivo de los desórdenes ocurridos en Valladolid.

El señor ministro de la GOBERNACION: No tengo inconveniente ninguno en ello.

El Sr. Figueras preguntó al señor ministro de la Guerra si es que le considera exonerado al general Pierrad después de los sacrificios que ha hecho en defensa de la libertad; y al señor ministro de la Gobernacion para que se sirva decir con qué derecho se le ha trasladado de la cárcel de Tarragona al castillo de Monjuich.

El señor ministro de la Gobernacion dijo que el gobernador civil de Tarragona manifestó que aquella cárcel no era segura para guardar al general Pierrad, y se le contestó que mientras se siguiera la causa en aquel juzgado no habia derecho para trasladarle; pero que la causa ha terminado en primera instancia, pasando á la audiencia de Barcelona, y se le trasladó entónces á este punto.

El Sr. De Pedro pide al señor ministro de Fomento que se resuelva en la brevedad posible el expediente instruido respecto á las obras del Rio Martin.

El señor ministro de Fomento manifiesta que el expediente se terminará pronto.

ORDEN DEL DIA.

El Sr. PRESIDENTE: Discusion de los dictámenes de la comision de peticiones.

Sin debate alguno fueron aprobados los designados con los números 970, 971, 972 y 973.

Leído el 974, referente á una exposicion del señor general Pierrad sobre el maltrato que habia recibido en la cárcel de Tarragona, dijo el Sr. Tutau que extrañaba que el general Pierrad, que tanto ha trabajado por la causa de la Revolucion, haya sido victima de una conducta de la situacion actual que no se atribuya á calificar, y pide que se atienda á las justas quejas de su compañero el señor general Pierrad y se le trate con la consideracion debida.

El señor ministro de Gracia y Justicia da explicaciones al Sr. Tutau.

Continúa este debate terciando en él el señor Coronel y Ortiz, el Sr. Diaz Quintero y el Sr. Figueras, dándose por suficientemente discutido el punto; y puesto á votacion el dictamen de la comision, que quedó aprobado, se suspendió la discusion sobre el asunto.

Explicaciones del Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

El Sr. Presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El aspecto que presenta la Cámara demuestra claramente el interés que tienen los señores diputados en oír las explicaciones que tiene anunciadas el Gobierno. Hay quien espera que de esta cuestion salga una tempestad; yo no lo espero: conozco el lenguaje prudente, discreto y siempre elevado de todos los señores diputados, cualesquiera que sean sus opiniones; y por lo tanto, tengo la esperanza de que esta sesion será tan tranquila y tan patriótica como cumple á la dignidad de este augusto recinto.

El Gobierno ha querido y queria manifestar á las Cortes Constituyentes, para conocimiento del país, las gestiones que ha practicado á fin de poderles presentar un candidato que, mereciendo las simpatías de la mayoría de esta Cámara, pudiera ser elegido para sentarse en el trono de San Fernando. El Gobierno se consideraria muy dichoso si pudiera presentar ese candidato aceptado por la mayoría, ya fuese un príncipe extranjero, ó un eleva-

dísimo personaje español, aunque no de estirpe régia.

El Gobierno conoce el deseo, la verdadera impaciencia que hay en el ánimo de los señores diputados por salir de la interinidad, y los señores diputados harán la justicia de creer que los individuos que se sientan en este banco participan de ese deseo y tienen igual impaciencia.

Todos estamos convencidos de que mientras la interinidad exista aparece que todo está en el aire, y por lo tanto, justificando los temores de los que creen que todo puede desaparecer á impulsos del primer huracán que lo combata. Esto piensan muchos de los señores diputados: la misma creencia tienen muchas gentes fuera de aquí; y de ahí el clamoreo que se levanta por todas partes: los unos con verdadero convencimiento de lo que dicen, y los más por repetir lo que á otros oyen.

Todos estamos de acuerdo, señores diputados, en la conveniencia de salir de la interinidad. Esta es la voz de la mayoría de los señores diputados; esta es la voz de los círculos políticos; esta es la voz de la prensa; esta es también la voz del Gobierno; pero yo observo que cada cual pretende salir de la interinidad con la condicion de que los demás acepten su solucion. (El Sr. Rios Rosas pide la palabra.)

El Sr. Rios Rosas, mi distinguido y noble amigo, acaba de pedir la palabra, y esto me induce á hacer una excepcion. Indudablemente hay individuos en esta Cámara, y hasta fracciones políticas, que desean salir de la interinidad, no como antes he dicho, sino que no tienen candidato determinado, y están por lo tanto, dispuestos á votar á aquel que, estando adornado de las condiciones necesarias para ocupar el sitial español, cuente con mayoría en la Cámara.

Creo que el Sr. Rios Rosas pertenece á este número.

Pero la verdad es que, considerada en conjunto esta Cámara, por grupos ó como hayan de denominarse, encontraremos que he dicho antes. Los republicanos, por ejemplo, son los primeros en desear que acabe la interinidad; también son patriotas, también aspiran á lo mejor para el país; pero quieren salir de la interinidad proclamando la republica. El señor Ochoa, el Sr. Vindler y sus dignos compañeros pretenden igualmente que la interinidad concluya; pero quieren salir de ella proclamando á su candidato de derecho divino. En el centro de esta Cámara encuentro distinguidos hombres políticos, patriotas de nobles y generosos sentimientos, que quieren indudablemente que salgan de la interinidad, pero que tienen su candidato determinado hoy por hoy, toda vez que el Gobierno no les presenta otro. Si nos fijamos en otro lado de la Cámara, encontraremos asimismo que una gran parte de los diputados que están en frente de mí quieren salir de la interinidad, pero presentando también su candidato determinado. Esto es lo que he querido decir, y lejos de mí el ánimo de ofender á ninguna de las personalidades que aquí se sientan. (Bien, muy bien.)

Señores, sobre la asendereada cuestion de la interinidad se han dicho tantas y tales cosas, que no puedo prescindir de hacerme cargo de algunas de ellas.

Hay muchos señores diputados, fuera de aquí muchas gentes, que á fuerza de repetir un concepto que me es personal, han concluido por creerlo, y yo tengo necesidad de rechazarlo enérgicamente para que mi voz llegue á todas partes. Se ha dicho, y se ha repetido con insistencia, que el primer obstáculo para salir de la interinidad era precisamente el que tiene la honra de dirigirla en este momento su palacio á las Cortes Constituyentes; y tanto es así, señores, que ayer mismo, hace unas cuantas horas, en una reunion de muy dignos señores diputados ha habido uno que tuvo por conveniente decir «que el general Prim era el mantenedor de la interinidad.» (El Sr. Mendez Vigo pide la palabra.)

Yo rechazo esas palabras; yo rechazo ese concepto; yo rechazo esa acusacion, porque precisamente desde los primeros dias de la Revolucion no hay un señor diputado, no hay una entidad política, no hay un hombre de Estado que haya hecho más que yo, ni con más fé, ni con más decision, ni con más energia, para poner término á la interinidad.

Yo me permitia preguntar al Sr. Mendez Vigo, mi ilustrado amigo puesto que se ha dado por aludido, qué datos tiene S. S. para dirigirme ese cargo, para formular esa afirmacion? Si es exacta la relacion que hoy hace un diario, y del cual he copiado estas frases que se atribuyen al Sr. Mendez Vigo, ¿qué motivos tiene S. S., vuelvo á decir, para asegurar que soy yo precisamente el mantenedor de la interinidad, cuando en el buen juicio de S. S., en su ilustrada razon, en su elevado criterio político, debe con cer, y conoce sin duda, debe saber, y sabe sin duda, cuantas gestiones he hecho para salir de esta interinidad?

Ha habido otro señor diputado que, no haciéndome á mí especialmente responsable, ha dicho que la responsabilidad de la situacion política en que vivimos es del Gobierno.

Yo rechazo en nombre del Gobierno, como he rechazado en nombre propio, las deducciones que se puedan desprender del juicio equivocado que haya podido formar ese nuestro estimado compañero. Y volviendo á los que de mí se ocupan, debo decir que es desconocer la posicion en que me encuentro, ¡si precisamente á nadie interesa salir de la interinidad tanto como al presidente del Consejo de Ministros! ¡Si aquí, señores diputados, hoy todos los españoles son libres, menos el presidente del Consejo de Ministros!

Los señores diputados atienden á su salud y á su familia, cuidan de sus intereses, van y vienen; disfrutan, en fin, de completa libertad de accion. Los mismos señores ministros, sin embargo de lo que contraria á un ministerio la salida de uno de sus individuos, cuando razones de Estado aconsejan parciales modificaciones, puede retirarse, y venir por consiguiente otro señor diputado á reemplazarle. Sólo el presidente del Consejo de Ministros, no porque yo lo sea y yo lo diga, sino porque así está en la conciencia de todos, es el que se encuentra amarrado á este sitio con grillos y cadenas.

¿Puede ser esta una posicion agradable para mí? ¿No he de querer yo salir de esa interinidad, para que una nueva politica abra horizontes nuevos, y llegue el momento deseado por todos, y más deseado por mí, de que pueda venir á este puesto cualquiera de los señores diputados que están presentes? Pero ¡ah! se dice, «es que el general Prim trata de conservar la interinidad porque tiene planes.» Y ¿qué planes me suponen, señores diputados? No hay nada, por absurdo que sea, que no se me atribuya. Hay quien dice, y esto lo saben los señores diputados, que lo que yo deseo es gastar todo lo que haya á mi alrededor, empujándolo todo, para quedar sobre el nivel de los demás y decir un día: «aquí mando yo.»

Pero, señores, ¿es esto serio? ¿Es de sentido común siquiera que haya quien, conocida mi posicion política, militar y social, pueda creer formalmente que yo habia de entrar en ese camino de aventuras, de desdichas, de desasosiego, de peligros, y tal vez de muerte para mí y para mis hijos?

Pues hay todavía quien supone algo peor; porque creo que no habria nadie que no convenga conmigo en que es peor que se me atribuya que yo conservo la interinidad y que haré lo posible porque no concluya, ¿para qué, señores diputados? Para que llegue un día en que yo imponga á la nacion española la restauracion del príncipe Alfonso. ¡Hay, en efecto, alguien que crea que yo tengo la talla y la condicion de restaurador? ¡Ha podido figurarse nadie que yo aspire á ser el Monk de la restauracion? Yo, señores, me precio de ser el Monk de la libertad. (Aplausos.)

Pues esto se ha dicho, y sobre todo ello se insiste cada día y cada hora; y como ya otras veces me he ocupado de este asunto y he rechazado estas calumniosas especies, crea que era rebajar á la Cámara y rebajarme yo, y que era igualmente indigno de los señores diputados y de mí persona, el volver á reproducir estas protestas. Sin embargo, hace tres dias hablé con un hombre muy grave, muy distinguido, y muy práctico en la politica de nuestros paíes, y preguntándole si creia él en su buen juicio, en su claro criterio, que fuese necesario y aun conveniente que yo volviera á tocar este punto para hacer nuevas protestas, me contestó: «Si, mi general; hágalas V., hará V. bien en repetir las.»

Hechas quedan, pues, dando nuevas seguridades de que lo que aquí espontáneamente dije un día, de que las palabras jamás, jamás, jamás, que salieron de mi pecho como expresion de mi más íntima y sincera conviccion, hoy las repito con más fervor, si cabe: la restauracion de D. Alfonso, ¡JAMÁS! ¡JAMÁS! ¡JAMÁS! (Aplausos.)

El Gobierno, pues, señores diputados, desea como vosotros, como todos, salir de la interinidad, y el presidente del Consejo lo desea con mayor vehemencia, si cabe, que los señores ministros; pero aún así, ni los señores ministros ni el presidente del Consejo podemos admitir la posibilidad de esos peligros exagerados que tienden á hacer creer que España corre inminente riesgo, que la libertad está amenazada, y que destruido todo por el maldico influjo de la interinidad, vendremos á parar en la restauracion de D. Alfonso. Tales son los augurios que se hacen si no salimos, entiéndase bien, de la interinidad inmediatamente; porque claro está que ha de llegar el día que coronemos el edificio revolucionario; y ojalá que sea pronto; pero es que se dice que si no salimos de la interinidad inmediatamente, ponemos en peligro los frutos y los resultados de la Revolucion de Setiembre, ponemos en peligro la libertad, y con la libertad la honra, y con la honra la vida.

Examinemos con tranquilidad los fundamentos de semejantes temores, porque es muy conveniente, señores diputados, que al retirarnos durante el interregno parlamentario á vuestras provincias llevéis la seguridad de que semejantes temores son infundados; porque es muy conveniente que podáis transmitir á vuestros comitentes la confianza que no se inspira sino con palabras hijas del más profundo convencimiento, como son las que tengo el honor de pronunciar en este instante. Podéis marchar tranquilos y decir á vuestros electores que con rey y sin rey la libertad no corre ningún peligro. En este augusto recinto dejais la bandera de la libertad; aquí la encontrareis cuando volváis: yo lo ofrezco por mi honor y por mi vida. (Aplausos.)

Y en apoyo de estas últimas palabras os de-
preguntar: lo que venimos edificando desde Setiembre de 1863, ¿es cosa tan insignificante, tan baladí, que se la pueda llevar el viento á un cuan lo se convierte ese viento en vendaval? ¿Acaso no descansa el edificio que hemos levantado sobre los sólidos cimientos del sufragio universal, de los derechos individuales, de la libertad religiosa y de la prensa, y de otras tantas conquistas que constituyen una verdadera regeneracion política? Pues qué, Sres. Diputados, ¿los hombres liberales, que son la mayoría de los españoles, no son esforzados, valerosos y resueltos, los unos con las armas en la mano, los otros llenos de abnegacion para soportar todo género de peligros en defensa de la libertad?

Y si á esto añadimos que el ejército, que el

noble, el hercúleo, el valiente ejército defenderá las mismas libertades y los mismos derechos, porque para eso está organizado; y los defenderá no sólo por disciplina, no sólo por deber militar, no sólo por respeto y obediencia á los poderes públicos, sino porque en él está encarnado el sentimiento liberal del país; si á eso añadimos que la noble y valerosa marina, á las órdenes de nuestro distinguido amigo el señor Topete, abrió las puertas de la patria á los que habíamos emigrado, y nos puso las armas en la mano para regenerarla; si al sentimiento liberal del país se añade el sentimiento del ejército de mar y tierra, ¿por qué hemos de temer, señores diputados, que el huracan se lleve el templo de la libertad porque le falte la corona en su cúpula, cuando está sólidamente cimentado con la Constitucion democrática de 1869? (Muy bien, muy bien.)

Sin embargo, Sres. Diputados, el coronamiento de la obra es necesario, es indispensable desde el momento en que las Cortes Constituyentes, genuina representacion del país y fiel intérprete de sus sentimientos, hicieron una Constitucion monárquica.

Pero no todo lo que se quiere se puede hacer, señores diputados; todos sois hombres públicos y sabéis que el hacer un rey es más difícil de lo que parece á primera vista. (Risas.)

Y en este punto declaro que me he equivocado; porque allí en los dias de amargura, cuando estábamos emigrados, lo creia más fácil. ¡Cuántas veces en aquellas horas y dias enteros, con mi noble y distinguido amigo el que hoy preside esta Cámara, con mi buen amigo también el Sr. Sagasta, con el Sr. Becerra y el señor general Contreras; cuantas veces, repito, con estos y otros amigos y compañeros en la desgracia, ocupándonos del porvenir, discurriamos sobre las graves cuestiones que habria que resolver y los escollos que era preciso salvar!

Y no era que nosotros creyésemos que, vendida la primera é inmensa dificultad de hacer la Revolucion, todo lo demás seria fácil, no; pero en cuanto á reemplazar la dinastia que íbamos á derrocar, yo declaro que me pareció más fácil; después la práctica, señores, que es el gran libro de enseñanza para la humanidad, me ha hecho conocer lo difícil que es hacer un rey. (Varias señas de diputados, entre ellos el Sr. Castelar: Muy bien.) Indudablemente que es difícil hacer un rey; pero el Sr. Castelar que me ha aplaudido, y yo se lo agradezco, no ha tenido presente que mi contestacion habia de ser muy explícita: algo más difícil es hacer la republica en un país en que no hay republicanos. (Grandes aplausos en los bancos de la mayoría.)

Oigan los señores diputados las gestiones que ha hecho el Gobierno para encontrar un candidato que reuniendo las condiciones necesarias, y que reclamaban la nobleza y dignidad del país, pudiese venir á sentarse en el trono de Castilla; no olvidando que una de las primeras circunstancias con que habia de contar ese candidato era la de reunir en su favor las simpatías de la mayoría de esta Cámara, porque si no, eran inútiles las diligencias que se practicasen.

Respecto á las explicaciones que voy á dar, yo bien sé que no han de satisfacer á todos los Sres. Diputados, porque por algunos se ha de decir (que se ha dicho) se ha dicho ya) que el Gobierno español, y por tanto su Presidente, lo que ha hecho la vida echar por el suelo la corona por haber ido de corte en corte buscando candidato, mientras que esas mismas personas, si el Gobierno no hubiese hecho las gestiones que debia practicar, le hubieran podido acusar, y con razon, de la prolongacion de la interinidad, puesto que no habia hecho gestion alguna para buscar candidato: esto es evidente. Los gobiernos deben resignarse á semejantes censuras de los Sres. Diputados; pero cuando son injustas, están en su derecho al rechazarlas.

Desde los primeros dias de la Revolucion, desde los primeros momentos del Gobierno provisional, á fuer de hombres previsores, se ocuparon los Ministros de ver dónde podian encontrar un candidato que tuviese las condiciones apetecidas, para en su dia presentar la cuestion á las Cortes, y naturalmente, lo que le hubiese ocurrido á cualquiera de los señores Diputados que se hubieran encontrado en el lugar de los Ministros provisionales, nuestras miradas se dirigieron á Portugal; á Portugal, porque si hubiésemos tenido la fortuna de encontrar allí un candidato, con ese candidato venia una gran idea que hubiera satisfecho indudablemente á las Cortes españolas y á la nacion toda.

Y al hablar de esta gran idea, cumple decir, porque hay cosas que no importa repetir, que este era un pensamiento levantado y una noble aspiracion para los españoles, sin espíritu ninguno de dominacion con relacion á nuestros vecinos, que hubiera producido la grandeza de los dos países, pero siempre conservando la historia, la brillante tradicion y el glorioso estandarte de cada uno de ellos.

En Portugal hay un grave error en las masas, y este error tan injustificado como lamentable consiste en que, siempre que se habla de union ibérica, crea el pueblo portugués que se trata de que Portugal venga á fundirse con España y á hacer el papel de una provincia española; y por eso no perdemos nada los hombres públicos en repetir cuál es nuestra verdadera idea, que consiste en formar alianza, en formar una federacion, conservando, como he dicho, ambos pueblos sus Cámaras, su gobierno, su historia, su tradicion y su completa autonomia.

Las negociaciones que se hicieron entónces cerca del rey viudo D. Fernando de Portugal fueron puramente privadas: siguieron por es-

pacio de algunas semanas, más digo, de algunos meses, y antes de que llegasen á tener carácter oficial, alarmado aquel ilustre príncipe por lo que dijeron los periódicos españoles desde el momento que se apercibieron, lo cual fué repetido por los periódicos portugueses; alarmado como digo, mandó el despacho que recordarán los señores Diputados, declarando que en ningún caso, aunque las Cortes Constituyentes le eligieran rey, podria aceptar. Desde aquel momento desistimos ya de la candidatura de D. Fernando. Deben comprender los Sres. Diputados que un sentimiento de dignidad nos impulsaba á cerrar completamente la negociacion sin dejar la más mínima esperanza por entónces.

Pero ¿era cosa de rendirse por haber recibido jaque en el primer juego? No; los hombres que formaban aquel Ministerio, que ya en aquella época habia tenido modificacion, pero todos monárquicos constitucionales, desearon de coronar el edificio de la Constitucion trayendo monarca, vimos hacia dónde podiamos dirigirnos, para encontrar candidato, y nos dirigimos á la casa de Saboya; la casa de Saboya, señores Diputados, que después de la casa de Portugal, es indudablemente la dinastia que mas garantías presenta al porvenir de nuestro país.

Para todas esas negociaciones, á fin de facilitarlas, y queriendo de veras encontrar los menos obstáculos posibles, he de declarar que así el Gobierno provisional, como el Poder ejecutivo, como después el Gobierno de S. A. el Regente del Reino, han tenido la dignacion de confiar al Presidente del Consejo de Ministros las gestiones necesarias, y su confianza, que me ha honrado mucho, ha sido tan ilimitada, que me han autorizado á practicarlas, relevándome de dar cuenta al Consejo de Ministros, ni á los Sres. Ministros individualmente, hasta que pudiera presentarse la solucion, ó hasta que pudiera decir: no he podido llevar á efecto el pensamiento del Gobierno y de S. A. el Regente del Reino.

Las gestiones dirigidas hacia la casa de Saboya fueron seguidas también en términos completamente confidenciales y reservados; fueron negociaciones privadas. Yo debo tributar aquí las gracias más sinceras al ilustre y valeroso rey de Italia, Víctor Manuel, por su benevolencia hacia el presidente del Consejo de Ministros y hacia el Consejo todo, por el noble deseo y buena voluntad que demostró en el curso de aquellas negociaciones, de ayudar por su parte, en lo posible, para que España obtuviese una solucion satisfactoria.

Pero la persona del príncipe á quien yo me dirigia, por razones que yo no debo explicar, tuvo por conveniente decir que no podia aceptar de ninguna manera la corona de España. Este candidato, ó este príncipe, era el duque de Aosta. Crean los señores diputados que se hizo todo lo humanamente posible; y tanto era de esperar un resultado favorable, cuanto que, como he dicho, su augusto padre Víctor Manuel le aconsejaba que admitiera; pero se atravesaron circunstancias que le decidieron á insistir en rehusar la corona de España para el caso en que las Cortes se hubiesen dignado ofrecérsela.

Tampoco nos entregamos por este segundo eche y entónces nos dirigimos al príncipe, menor de edad, duque de Génova.

La controversia que hubo aquí cuando se trató de este candidato, la saben los señores diputados; más yo he de decir que aquel príncipe no se negó ciertamente; pero como era menor de edad, contestó de una manera que honra mucho su temprana discrecion; dijo que él estaba á las órdenes de su señora madre, como estaba á las de su tutor como jefe de la familia.

Lo que pasó entónces en la corte de Italia, es sabido por muchos señores diputados. Las intrigas de que se valieron los que no quieren que España se constituya, los mensajes que allí se mandaron, las exageraciones que se hicieron llegar á oídos de la señora duquesa de Génova, pintándole la situacion del país con los negros colores y excitando su carifio maternal con los peligros inmensos que suponian iba á correr su hijo, hasta el punto de decirle: Madame, si vous envoyez votre enfant en Espagne, ¡priez pour votre enfant! (Risas.) De lo que resultó que la señora duquesa, que ante todo se fijaba en los peligros á que podia estar expuesto su hijo, fué la que se opuso ciertamente; tuvo más influencia que el jefe de la familia, Víctor Manuel. El resultado fué también el que saben los señores diputados. Tercer contratiempo.

Pues á pesar de esta fracaso, tampoco nos entregamos; tal es nuestro convencimiento de la necesidad que tenemos de coronar el edificio constitucional con la presencia de un rey; y el Gobierno actual tuvo la dignacion, como he dicho ya, de autorizar de nuevo á su presidente para que hiciera todas las gestiones imaginables á fin de encontrar ese candidato, sin exigir de dónde, cuándo, ni cómo.

Los señores diputados esperan sin duda que yo pronuncie el nombre de este cuarto candidato; permitirán que no lo pronuncie, porque no seria discreto; podria traer complicaciones, y además de esto tengo empeñada mi palabra de honor, y los señores diputados respetarán sin duda mi reserva (Si, si).

Ese candidato que yo no he nombrar, tenia ciertamente las condiciones que España necesitaba; tenia las condiciones que hace unos meses imponian muchos de los señores diputados, como demostracion del buen espíritu de que se encontraban animados para venir á un pensamiento común de hacer rey; y entre nosotros veo á diputados que me dijeron: «Nosotros queremos rey; no formamos empeño en que sea un duque ó otro duque; deseamos uni-

camente que tenga las condiciones de ser de estirpe regia, católico y mayor de edad el candidato; esto nos basta; el día que el Gobierno presente semejante candidato, que cuente con nosotros. Esto me dijeron entonces, y esto me animó para plantear las gestiones; y si los señores diputados de unos y otros bancos, de una y otra fracción, quieren llegar un día a un pensamiento común, y tienen la bondad de indicarme que sostienen las palabras de entonces, yo no cejaré, señores diputados, yo seguiré trabajando con esperanza de encontrar el candidato.

Pero parece, señores diputados, que la fatalidad ha tenido escrito en el libro del destino de las naciones, que en este período de dos años no habíamos de encontrar rey; porque ha habido coincidencias, tratándose de ese último candidato, que realmente parecen conducidas por la mano por la misma fatalidad.

Bastará decirlos, para probar la verdad de mis últimas palabras, que cuando la negociación marchaba tranquila y me ofrecía grande esperanza de realización, llegó aquí un comisionado, un hombre ilustre, y con qué oportunidad llegó, Sres. Diputados! para presentarse la sesión que aquí tubo lugar la noche de San José. (Rumores.)

Pero como si esto no bastara, diré qué causa del trabajo que tuve yo que hacer el día siguiente para neutralizar la mala impresión que había hecho en aquel hombre distinguido, todavía pude lograr que siguieran las negociaciones con calma, con tranquilidad y con deseos de entenderlos. Pues vino otro comisionado. ¡Sres. Diputados, eso sí que es fatalidad! y cuando llegó a Madrid? Cuando los sucesos de Gracia y de Sans, de Barcelona. (Más rumores.) El comisionado que se encontró en Madrid durante aquellos lamentables sucesos, se marchó profundamente impresionado; yo quise explicarle bien lo que aquello era, yo quise que apreciara con exactitud la importancia de aquellos sucesos; pero conocí en las sombras que se dibujaban en su frente que no había logrado convencerle.

El resultado fué que a los quince días de haber marchado de aquí, recibí una contestación desconsoladora para mí; estaba escrita con gran benevolencia, con gran respeto a la nación española; pero declaraba, en fin, que aquel príncipe no podía admitir, por el momento, la corona de España.

Entonces fué cuando el Gobierno decidió suspender toda gestión, dar cuenta a las Cortes Constituyentes de las negociaciones habidas hasta la fecha, recibir sus órdenes, y obrar en su consecuencia para el porvenir.

Hace ya mucho rato que estoy molestando la atención de los señores diputados. (No, no), y ya nada importante tengo que añadir. De todo lo dicho resulta, Sres. Diputados, que el Gobierno no ha sido afortunado en sus gestiones; que el Gobierno, pues, no tiene candidato que presentarlos para la corona de España, no lo tiene en este momento, no lo tiene hoy; tampoco os puedo decir si lo tendrá mañana; pero lo que sí os puedo decir es que el gobierno está animado de los mismos sentimientos que todos los señores Diputados monárquicos, y que por el Gobierno no se ha de perder el candidato.

Y sin poder fijar la época, sin poder determinar el día, el Gobierno continuará sus gestiones de la manera prudente que debe hacerlo, a fin de ver si un día tiene la fortuna de poder presentar uno que tenga las condiciones que antes he indicado, para que vengamos a un pensamiento común. Porque si cuando uno sostiene un candidato, los otros sostienen otro, será imposible que podamos salir de la interinidad, lo cual cree el Gobierno, como creen los señores diputados, que es la primera necesidad del país.

No tenemos, pues, candidato que presentar; pero sin embargo, como sería posible que las Cortes lo tuvieran, que la mayoría de las Cortes lo tuvieran, vosotros, en la elevada sabiduría con que siempre obráis, tomáreis a determinar que sea conveniente y propia del espíritu patriótico y de los levantados sentimientos de hombres tan dignos como los que componen las Cortes Constituyentes. (Bien, bien. Muestras de aprobación.)

El Sr. RÍOS ROSAS: A pesar de haberme concedido el Sr. Presidente la palabra, y en consecuencia de las que S. S. acaba de pronunciar, si acaso alguno de los que se sientan allí (señalando a los bancos de los diputados republicanos) llevase a mal que me levantase yo a hablar primero queriendo hacerlo él, yo le cederé la palabra. Yo no tengo impaciencia jamás; no la tengo hoy, a pesar de haber sido acusado de impaciencia, de consuno con mis amigos los que se sientan en estos bancos por uno de los que se sientan en aquellos, y con la misma injusticia con que más frecuentemente de lo que a mi juicio convendría, a especie de neutralidad que ha habido aquí entre grupos y grupos, durante largo tiempo se ha permitido atacarnos.

Yo pudiera recordar que, en una circunstancia gravísima, los que nos sentamos en estos bancos, volviendo por los fueros de la justicia, de la legalidad y de la razón, y abrigando un gran sentimiento de lealtad respecto a los hombres que se sientan en esos otros, consultando a nuestras conciencias, rendimos un solemne tributo al derecho, a nuestra propia dignidad, a la dignidad de la nación y a la dignidad de este Cuerpo. Hicimos lo que no se acostumbra hacer por los partidos y por las fracciones en el seno de las revoluciones, porque la equidad de los partidos y la equidad de las fracciones ni respeta la razón, ni respeta el derecho, ni respeta la justicia. (El señor Figueras pide la palabra.) Tenemos el derecho de decir e-ito, puesto que se nos ha provocado a decirlo.

Ahora voy a defraudar completamente la expectación de mi auditorio, porque no he de penetrar de ningún modo en el fondo de la cuestión; y para esta reserva me asiste, aparte de otras razones, una muy calificada que me suministra el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, con algunas de las palabras que ha pronunciado. El Sr. Presidente del Consejo de Ministros, si no he entendido mal, ha hablado de una negociación pendiente. Los que nos sentamos en estos bancos no hemos de ser obstáculo al progreso de esa negociación en su estado actual, como pretendemos no haberlo sido nunca a esa ni a ninguna otra; porque, y en esto difiero bastante de S. S., a mi entender ha ocurrido en error histórico, ha ocurrido en un anacronismo cuando ha afirmado que una negociación se rompió o se truncó por consecuencia de la votación que aquí hubo en una noche célebre.

Si yo me considerara con derecho a rectificar concretamente este error, yo lo rectificaría; pero no tengo este derecho, y alguien que me escucha en esta Cámara sabe por qué no lo tengo. Me limito a oponer a esa afirmación

una simple denegación, rogando al Sr. Presidente del Consejo de Ministros que consulte bien su memoria, recuerde bien las fechas, y acaso me dé la razón.

Pero S. S. (y este fue el motivo de tomar yo la palabra; no pensaba usarla, ni sabía qué pensara usarla ninguno de mis amigos en este debate); S. S. dijo que la dificultad capital a la solución monárquica nacia de que cada diputado, o que cada grupo tenía su candidato propio, y que siempre que otro grupo u otro diputado ponía enfrente de aquel otro candidato, era imposible el acuerdo, era imposible la concordia en la mayoría, era imposible elegir rey.

Por lo que a nosotros mira, la imputación, permítame S. S. decirlo, es injusta, es inexacta, es contraria a los hechos históricos, a los hechos conocidos, algunos de los cuales S. S. ha narrado en la relación que ha hecho ante la Cámara. Porque, señores, ¿es cierto o no que cuando se inició la candidatura de un esclarecido príncipe de un reino vecino, se consultó por grupos a la mayoría monárquica? ¿Es o no cierto que este grupo aceptó esa candidatura incondicional, absolutamente? Pues vea la Cámara cómo un candidato del Gobierno fué aceptado por este grupo.

Cuando feneció esta candidatura y se inauguró la del duque de Aosta, candidatura que no llegó a descender ni pública ni privadamente al terreno parlamentario, amigos nuestros que se sientan en estos bancos y me están escuchando tenían el honor de ser individuos del Gabinete; y esa candidatura se inició con su asentimiento, sin su oposición, con su plena autorización, dispuestos como estaban y lo estuvieran de hecho a llevar adelante la negociación y esperar sus resultados: segunda candidatura aceptada implícitamente por este grupo.

Vino después la candidatura del duque de Génova. Esta candidatura, puedo decirlo sin ofensa de ningún respeto, tenía un lunar a los ojos de todos los hombres políticos, a los ojos de la nación, a los ojos de los partidos hostiles. Se trataba de un príncipe menor de edad, y el instinto vulgar, a quien conviene escuchar siempre, y más en asuntos de esta naturaleza, decía: para un príncipe menor de edad, para un príncipe que no sabemos lo que será ni lo que hará, y para un príncipe que traerá una minoría, para un príncipe que traerá una regencia, para un príncipe que traerá los males de toda minoría y de toda regencia, para un príncipe que no puede fundar una dinastía, ¿por qué hemos desheredado al príncipe que se ha ido? Esto no era exacto, esto era injusto; pero este era un sentimiento vulgar. (Algunos Sres. Diputados: No.) (Rumores.) Esto no era exacto, esto era injusto; pero esto era un sentimiento vulgar: yo no vengo aquí a palmar mis opiniones ni a adular las pasiones de nadie; yo vengo a decir la verdad que debo a mi patria, y lo que digo es histórico, es verdadero, y lo digo pagando tributo a la sinceridad con que hablo siempre en este augusto recinto. Había provincias donde era general ese sentimiento. Y aparte de esto, a los ojos de los hombres revolucionarios, a los ojos de los hombres monárquicos, a los ojos de los hombres que han aceptado o han hecho la revolución, y que tienen empeñadas en ella sus convicciones, su honra, su conciencia, todo lo que el hombre aprecia en este mundo, la objeción que, no ya el sentido vulgar, sino el sentido común, el sentido histórico y el sentido político, hacía a esa candidatura, era una objeción de gran fuerza.

El Gobierno desató entonces saber la opinión de este grupo: ¿que respondió este grupo? Este grupo declaró que la cuestión para él era libre; que aquellos de sus individuos que quisiesen votar con el Gobierno, votasen con él; y en efecto, algunos de sus individuos, en la deliberación privada que hubo, votaron con el Gobierno: que aquellos de sus individuos que entendiesen que sus opiniones, que su conciencia no les permitían votar con el Gobierno, votasen en sentido contrario: única candidatura que, no como partido, entendiéndose bien, única candidatura que individualmente, sin previo acuerdo ni veto alguno, quedó en minoría en la unión liberal.

Así, pues, cuando se ha dicho que la unión liberal tenía un candidato, se ha dicho lo que no es cierto. La unión liberal no tiene candidato: si mis amigos todos, si muchos de ellos, si la mayoría hubiese creído que el grupo, que el partido (puesto que desgraciadamente todavía se habla de partidos, y se hablará por algún tiempo; no sé de quien sea la culpa, no pretendo investigar ahora), si el partido hubiera tenido un candidato, yo no hubiera votado esa candidatura, aunque el príncipe designado fuera el más aceptable a mis ojos. Ningún grupo, ningún partido debe presentar aquí un candidato: por el mero hecho de ser presentado por un grupo o por un partido, será el candidato de ese grupo, será el candidato de ese partido, ese candidato llevará esa mancha a la urna, ese candidato no será digno rey de la nación española.

¿Quiere esto decir que cada individuo de esta Cámara, que cada fracción de esta Cámara no pueda tener sus aficiones? ¿Quiere esto decir que cada candidato no pueda tener más votos en este grupo de la Cámara que en cualquier otro? No quiere decir esto. Yo sé que hay un dignísimo candidato, una de las glorias de España que quedan vivas, porque ya han muerto Castaños y Menéndez Nuñez: yo sé que hay un dignísimo candidato que tiene muchos adherentes en otro grupo de la Cámara; entenderé yo nunca que ese es un candidato de un grupo, de un grupo estrecho, de un grupo progresista? No; si esto entendiera, yo no le votaría, y puede ser que algún día, si llega el caso, le vote, porque lo primero que nos importa, lo primero que necesitamos, lo que sobremediana nos urge, es tener rey.

Y esto que digo, no lo digo ahora por las necesidades de la discusión, puesto que no hago más que exponer hechos notorios, hechos consumados, hechos pasados; esto que digo es la expresión de los acuerdos repetidos del grupo a que pertenezco: una, dos, tres veces se han iniciado en el determinadas candidaturas regias; una, dos, y tres veces, por inmensa mayoría, casi por unanimidad, se ha impuesto silencio a la iniciación de esas candidaturas; no se ha pronunciado el nombre de un solo candidato, no se ha iniciado ni una sola candidatura; todos hemos sido reservados para ser libres e imparciales.

He dicho al principio que no iba a penetrar en el fondo de la cuestión; pero alguna ligera observación debo someter, no tanto al juicio de la Cámara, como al juicio del Gobierno de S. A. Y antes de exponer aquella, remataré la breve historia de las candidaturas en el seno de la unión liberal, diciendo al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que así como cuando S. S. nos interpelló respecto de una determinada candidatura nombramos una comisión

para tratar de esa candidatura con S. S., comisión que no tuvo éxito, porque por parte del Gobierno no se dió progreso al asunto; así ahora esa comisión está autorizada por nosotros para tratar con S. S. sobre esa candidatura o sobre otra que haya sobrevenido después; y con esto contesto a la última especie articulada por S. S. Por lo demás, hoy no es día, por lo que he dicho antes al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, hoy no es día de discutir la política del Gobierno en esta cuestión: yo no la discutiré, por más que disienta de varias aseveraciones de S. S.; pero no puedo menos, en medio de las simpatías con que he escuchado algunos de sus razonamientos, de deplorar profundamente que S. S. y el Gobierno que como da de la nación, y como creo que dan las Cortes Constituyentes, a la gravedad de la prolongación de la interinidad. Ciertamente es posible, es fácil que este verano no haya sacudimientos facciosos, que no se altere la paz interior, es decir, la efímera paz de que gozamos; es posible, como yo lo deseo, es posible, aun cuando se prolongue la interinidad, que todavía no se pierda la libertad, porque la libertad es muy fuerte; pero la libertad en España es muy joven, y hasta que sea robusta, y hasta que sea provechosa, y hasta que eche profundas raíces, es necesario cuidarla, es necesario contemplarla, es necesario no maltratarla.

Pero aparte de ese punto de la cuestión, de si peligra o no peligra la libertad, ¿por ventura, aun suponiendo que la libertad no peligre, no hay otros intereses considerabilísimos empeñados en esa cuestión? ¿Pues y la paz interior? ¿Pues y la ejecución de las leyes? ¿Pues y el respeto a la magistratura? ¿Pues y la libre acción de la justicia? ¿Pues y el absentismo de los ricos? ¿Pues y la fuga de los capitales? ¿Pues y el comercio y la industria, y el crédito y el trabajo? ¿Pues y el hambre? ¿Pues y la desconfianza pública? ¿Pues y la ansiedad universal? ¿Pues y la expectación de la Europa? ¿Cree S. S. que en estos tiempos del vapor y de la electricidad puede ningún país aguantar dos años sin morir este interregno, esta ansiedad, esta angustia, este vacío? Yo lo niego: esto no es posible.

No he visto un ejemplo semejante en la historia moderna. ¿Qué sucedió en Francia? A los quince días de haber estallado la revolución de Julio, el trono estaba ocupado. ¿Qué sucedió en Bélgica, donde existía una guerra extranjera; en Bélgica, donde estaban avanzados los ejércitos de la Santa Alianza; en Bélgica, que no tenía condición alguna de estabilidad ni de resistencia? ¿Qué sucedió en Bélgica en medio de ese cúmulo de inconvenientes? A los cinco meses de haber estallado la revolución de Agosto, Bélgica había nombrado un rey; aquel rey no aceptó, y Bélgica nombró otro a los cuatro meses, en presencia de las intrigas de la Europa, en presencia de los ejércitos de la Santa Alianza, en presencia de las conferencias de Londres, por encima de todos los votos, superando todos los obstáculos, sin ejército, sin hacienda, sin fronteras, con los prusianos a las puertas, con los rusos en pos de los prusianos, con la Polonia vencida y ahorrada, con los enemigos, con los holandeses ocupando la ciudadela de Amberes en el corazón del Estado.

Conveníamos en que somos muy desgraciados: conveníamos en que es un infortunio muy cruel el que nos aqueja; conveníamos en que justificamos la inmensa desconfianza de la nación: conveníamos en que de esa inmensa desconfianza nacen esas calumnias de que justamente se queja el señor presidente del Consejo de ministros. Cuando todo está en incertidumbre, cuando todo se considera posible, todo se imputa a los hombres que mandan. Es un mal, es una injusticia, pero es un efecto natural de las circunstancias. ¿Queréis que no os calunien? ¿Queréis que no os atribuyan que sois partidarios de la restauración? ¿Queréis que no os imputen que esperáis a que llegue a la mayor edad, a que cumpla catorce años el príncipe Alfonso? Buscad un rey y encontradle.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Buscad un rey, y encontradlo: han sido las últimas palabras del ilustre orador que acaba de oír la Asamblea. Indudablemente que es un magnífico final, aun para los bellísimos discursos de S. S.; pero me ha de permitir mi ilustre amigo que le diga que esto es muy bello es muy hermoso, pero que no sabemos si podrá ser práctico.

El Sr. RÍOS ROSAS, en sus vehementes deseos de encontrar rey, le dice al Gobierno: buscad y encuentrad; lo primero, está en su lugar; lo segundo, permítame el Sr. RÍOS ROSAS que exija más de lo imposible; porque contra lo imposible no hay medio de evadirse, señores diputados. Como hemos pasado cerca de dos años buscando, y lo hemos buscado con fe y perseverancia, ¿podremos responder de encontrarlo dentro de unos meses?

Lo que acaba de decir el Sr. RÍOS ROSAS, me lo ha dicho también un diputado que la pasada por aquí hace poco: «Buscad y encontrad». (El Sr. Topete pide la palabra.) y como yo tengo vehementes deseos de encontrar, ruego a mis queridos amigos los Sres. RÍOS ROSAS y Topete que se dignen, no ahora, sino cuando yo tenga la honra de acercarme a S. S., que me indiquen el camino que he de seguir para encontrarlo, y tengan S. S. la seguridad de que lo seguiré si cuenta con mayoría en la Cámara.

El Sr. RÍOS ROSAS ha padecido una equivocación creyendo que yo había atribuido a lo sucedido en la noche de San José el mal resultado de la última negociación. No he dicho semejante cosa. He dicho sólo, que después de aquella noche triste para mí y para muchos señores diputados, y sin duda para el Sr. RÍOS ROSAS, tuve la fortuna de poder desvanecer la mala impresión (he usado esta misma palabra) que aquel suceso había causado al digno comisionado que mandó la casa con quien yo estaba negociando.

Por lo que hace referencia a las primeras gestiones que se hicieron cerca de D. Fernando de Portugal, tampoco he dirigido cargo alguno a los señores de la procedencia de S. S. Yo no podía caer en semejante error; y recordará el Sr. RÍOS ROSAS que he reconocido en el discurso que he tenido la honra de pronunciar, la actitud benévola y patriótica de la unión liberal en aquellas circunstancias.

S. S. con justo enojo, si justa hubiera sido la significación que daba a mis palabras, ha increpado al Gobierno porque en sentir de S. S., y repito que por no haber interpretado bien mis palabras, daba poca importancia a que el país continuara en el estado en que hoy vivimos; porque si bien para S. S. el riesgo que corren nuestras conquistas políticas no es tan inminente como algunos suponen, siempre es un peligro. Hay ansiedad, hay intereses

perturbados, hay inquietud en el país, y todo eso desaparecería, según la opinión del señor RÍOS ROSAS, desde el momento en que terminase la interinidad.

Yo creo haberme esforzado en demostrar, y si no he podido llevar el convencimiento al ánimo del Sr. RÍOS ROSAS, lo siento mucho, yo creo haberme esforzado en manifestar que el Gobierno y todos los señores diputados consideraban un mal, un gran mal, la continuación de la interinidad; pero que no estando en su mano, no pudiendo hoy salir de esta situación que a todos nos aflige, no quería yo tampoco admitir lo que se ha dicho aquí y fuera de aquí, lo que se ha dicho con exageración sobre los peligros que correría la libertad, sobre los riesgos a que está expuesta la sociedad, si pronto, si inmediatamente, si hoy no desapareciese la interinidad.

Esto es lo que he querido decir: esto es lo que he querido sentar, y convendrá conmigo el Sr. RÍOS ROSAS en que no ha sido impermitido en mí el dar las seguridades que han oído los Sres. Diputados, porque conviene mucho que cuando los Sres. Diputados se retiren a sus provincias, después de haber autorizado el interregno parlamentario, vayan a ellas con tranquilidad, y puedan transmitir esta confianza a todos sus conciudadanos.

El Sr. MENÉNDEZ VIGO: Es cierto que pronuncié en la sesión de anoche las frases de que se ha hecho cargo el Sr. Presidente del Consejo de Ministros; pero no el sentido que les ha dado S. S. Lo que yo manifesté fué que no podía dar mi confianza al Gobierno para buscar rey, cuando el Sr. Presidente del Consejo había declarado que se colocaba a la cola de la mayoría; y como no comprendo que esta actitud pueda inspirar confianza a los que desamamos una solución, pues como hemos estado dos años pudiéramos seguir cuatro, me había propuesto decir algunas palabras. Sin embargo, después de las que ha pronunciado el señor Presidente del Consejo, y del elocuente discurso del Sr. RÍOS ROSAS, teniendo en cuenta además consideraciones gravísimas y los repetidos ruegos que he recibido en esta sesión, renuncio a decir lo que pensaba.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Figueras había pedido la palabra para una alusión; pero como no ha sido aludido personalmente, no puedo concedérsela.

Queda terminado este incidente. Continúa la discusión de

Peticiones.

Sin debate alguno fueron aprobadas las señaladas con los números 975 al 983 inclusive.

Canal de Cinco Villas.

Leído este dictamen, fué aprobado sin discusión.

Ratificación de tratados comerciales.

Leído el dictamen por el que se autoriza al Gobierno para ratificar los tratados comerciales celebrados con Bélgica, Italia y otras naciones, se dió cuenta de una enmienda del señor Balaguer consignando la facultad para cualquier de las dos partes contratantes de pedir la revisión antes de espirar el plazo prefijado; y aceptada por la comisión y el Gobierno, fué tomada en consideración nominalmente por 112 votos.

En seguida se puso a discusión el artículo con la enmienda, y se dijo

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Yo sé que este proyecto de ley levantó gran polvareda en los centros productores de España, y que estos han mandado comisiones que se entendían con el Gobierno y la comisión; sé también que la enmienda que se acaba de aprobar ha nacido del acuerdo con esas comisiones; pero desearía que el señor ministro dijera eso mismo, para que no haya intranquilidad entre los productores.

El señor ministro de ESTADO: La comisión y el Gobierno han aceptado esta enmienda de acuerdo con esos productores.

Sin más discusión se aprobó el dictamen, anunciándose que pasaría a la comisión de corrección de estilo.

Abolición de la esclavitud.

Habiendo hablado tres señores en pró y tres en contra, se preguntó si el punto estaba suficientemente discutido, y el Sr. Rebullida pidió que se contara el número de señores diputados pre-ent.

El Sr. RÍOS ROSAS (Montesino): señor diputado, acabo de tener lugar una votación en que han tomado parte 112 señores diputados.

El Sr. REBULLIDA: Ahora no los hay en el salón.

El señor ministro de ULTRAMAR: en atención al estado de la Cámara, ruego a la Mesa que suspenda este debate.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Montesino): Se suspende esta discusión.

Se leyeron y quedaron sobre la mesa los dictámenes de la comisión de actas aprobando las elecciones parciales de Alcalá, Salamanca, y proponiendo la admisión de los señores Abascal, Rodríguez (D. Vicente) y Rodríguez Pita.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Montesino): Orden del día para el lunes: Discusión del dictamen sobre el proyecto de ley de ampliación del plan general de ferro-carriles.

Idem sobre el proyecto de ley de empleados públicos.

Idem sobre el de Constitución de Puerto-Rico.

Idem para que se declaren los cementerios establecidos civiles y locales.

Idem sobre abolición de la esclavitud en las A. I. I.

Idem de la comisión inspectora de la deuda.

Idem sobre las actas de las circunscripciones de Salamanca y Alcalá de Henares.

Idem sobre las minas de Riotinto.

Idem sobre desamortización de los bienes pertenecientes a beneficencia y obras públicas.

Se levanta la sesión. A. eran las seis.

MADRID 13 DE JUNIO DE 1870.

A la misma hora en que el presente número de LA INTEGRIDAD NACIONAL salga de Madrid para Cuba, en las Cortes Constituyentes, si los anuncios que tenemos no son equivocados, ha de declararse suficientemente discutida la proyectada ley para la abolición de la esclavitud en esa Isla, consumándose casi el hecho

lamentable de legislarse para una provincia cuya representación no ha sido convocada, olvidándose así lo que prescriben la razón y los principios que aquí tanto se preconizan.

No será por lo tanto este periódico el que lleve hoy a nuestros hermanos de Ultramar la desagradable nueva de que se ha desdado el derecho que les asiste de concurrir a la confección de las leyes que han de influir en el destino de un país que a costa de tantos sacrificios han mantenido formando parte del territorio español: será el telégrafo después el conductor de ese desengaño bien amargo para los que, ocupados en la defensa de esas tierras, descansaban en la confianza de que, en premio siquiera de su abnegación y de su lealtad, nada se innovaría en momentos tan angustiosos, en el estado político y social de aquellos pueblos.

Nos abstendremos por ahora de dirigir cargo alguno a los que han logrado violentar la solución de tan complicado problema: días vendrán en que podremos recordarles nuestras palabras y nuestros argumentos, estériles y desatendidos por los que, en medio de la situación crítica de Cuba, no han titubeado en mostrarse ardientes defensores de una raza extranjera inferior a la nuestra, sin tener en cuenta los derechos de esa población valiente y fiel que ha sido inexpugnable baluarte de la honra nacional.

De otro asunto, también muy importante, vamos a ocuparnos, por más que exista en nosotros el convencimiento de que igual desden quizá obtendrán nuestras justas observaciones, dado el precedente de que todas son inútiles ante ánimos decididos a seguir una conducta dictada por las prevenciones y sostenida por una firme resolución de despreciar las advertencias y las razones más fundadas.

Dícese, ignoramos el origen de tales voces y dudamos que sean ciertas, que se proponen algunos agentes de los que han provocado y mantenido la devastadora rebelión de Yara, hacer cuanto esté a su alcance para lograr el desembargo y la devolución de los bienes que el Gobierno ha secuestrado en Cuba, como propiedades de los enemigos de España, y que deben venderse para indemnizar con sus productos las pérdidas que los leales han sufrido por el saqueo y el incendio en esa traidora lucha: hablase de esperanzas que se alimentan de un éxito feliz en tales pretensiones; y hasta se aventura la designación de una época cercana en que nuestros enemigos tendrán el gozo de entrar en posesión tranquila de esos bienes, que se han conservado a costa de la sangre de nuestros valerosos soldados y de nuestros arrojados voluntarios.

Nada hay de verdad en eso, nos atrevemos a decir; y queremos que así lo crean los que esperan desde Cuba el resultado de esas pretendidas gestiones.

Existe en nuestro gobierno bastante rectitud para desear con la debida indignación toda súplica que con ese fin se haga, y que no puede ser atendida, sino atropellando derechos sagrados, y sentando el funesto antecedente de premiar al crimen y castigar a la lealtad.

Sienta absurdo e incurriría, ¿con qué recursos en dificultades semejantes a las que hoy rodean al poder español en América, podría contar la autoridad que le representa allí? ¿Cómo haría frente a las obligaciones que a causa de la insurrección ha contraído, y que tiene que satisfacer a menos de dar un rudo golpe a su crédito? ¿Qué respuesta dará a los que ya le exigen la reparación de los daños que les ha traído su decisión y su fidelidad? ¿De dónde habría de sacar los elementos para pagar la deuda que ha contraído con el Banco Español, con esa institución que merced a la generosa prestación de sus accionistas y a la garantía de todos los hombres leales, le ha facilitado los medios de atender a las urgentes y precisas necesidades que le han asediado en momentos apremiantes y angustiosos?

Que nuestro Gobierno, por una generosidad que los traidores traducirán siempre como muestras de impotencia o de debilidad, y que nunca sabrán agradecerle, perdone a los insurrectos su delito y les permita volver a residir en el centro de los pueblos cuya paz han perturbado, y al lado de la viuda o del huérfano cuyas desgracias han causado, no serán actos a que podamos oponernos, ni contra los cuales reclamemos, por más que nos parezca que con ellos se autorice a que el causador del mal pueda burlarse de sus víctimas; pero que llevando más allá su clemencia, olvide que no está en sus facultades imposibilitar las justas

reclamaciones de los que han sufrido á consecuencia de la insurrección, ni lo esperamos, ni creemos que suceda, sean cuales fueren las doctrinas de los que están al frente de la nación, sean las que sean las súplicas con que se les asedien.

Si el Estado tiene el derecho incontestable de resarcirse de los gastos y erogaciones á que le obliguen la conducta criminal de los que promueven y llevan á cabo una sedición, ¿por qué no ha de resarcirse ese mismo derecho en los ciudadanos? ¿No sería, si esto no se hiciera, colocarlos en una situación desventajosa al frente del partido de la rebelión, dando lugar á que el sentimiento de lealtad se debilitase ó se convirtiera en excusable desapecho?

Ejemplo bien patente de la justicia que hay en las anteriores observaciones nos ofrece la legislación moderna, en nuestra madre patria, sobre indemnizaciones por calamidades públicas, por expropiaciones, y principalmente con la sabia ley del 19 de Abril de 1841, en que la nación reconoció como un deber suyo el resarcimiento de los daños causados durante la guerra civil de los siete años, y que fueron las funestas consecuencias de esa lucha, y el obligado cortejo de las discordias políticas.

Las Cortes del reino dieron entonces el testimonio más admirable que puede presentarse de respeto á la propiedad privada; porque no atendieron al importe cuantioso de los valores indemnizables, sino á la respetabilidad de los principios de justicia que amparan esa propiedad; así es que á pesar de la ascendencia, que sin detenerse en la cifra necesaria para cumplir aquella ley, se ha venido haciendo la indemnización con admirable regularidad. Y téngase en cuenta que si justa y reparadora fué esa decisión de la Asamblea nacional, mayor razón hay para que se resarzan los perjuicios que han sufrido los leales en Cuba, no por diferencias en principios políticos, sino como víctimas de una rebelión traidora contra todo cuanto pertenece al dominio y á la existencia de España en América.

El propietario, el comerciante, el industrial á quien las bandas insurrectas han destruido toda su riqueza, el fruto de años y años de laboriosidad y de economías, en los momentos quizás en que exponía su vida en defensa de la buena causa, ¿cómo no ha de sentir desaliento ó desesperación, si al terminar la contienda, ve que sus sacrificios le han traído la ruina y han servido para conservar al que ha destruido sus propiedades, una fortuna que antes empleó para preparar la traición, y más adelante puede ser que se destine al mismo fin?

Reconocemos en los gobiernos el derecho de perdonar al delincuente, pero no el de libertarle de la responsabilidad civil, respecto de un tercero por sus actos criminales; y aún vamos más allá: nos atrevemos á decir que en estricta justicia el poder no tiene la facultad de dispensar en casos como el presente, la indemnización de los gastos que una rebelión traiga al Estado.

Vamos á explicar esta verdad.

Los gobiernos para hacer frente á las cargas regulares, sólo cuentan con los recursos que sacan de los pueblos, ya sean rentas ó ya contribuciones, y por consiguiente estas tienen que aumentarse según lo exijan la conservación de la vida y de las propiedades de los habitantes. Si el aumento proviene del crimen conocido y perpetrado por ciudadanos desleales, la equidad y la razón prescriben que ese aumento no gravite sobre los ciudadanos pacíficos y obelientes á la ley, sino en el caso extremo de que los causantes del mal carezcan absolutamente de propiedades ó recursos que puedan destinarse á sufragar el indicado aumento de erogaciones que su conducta criminal ha motivado.

Si esta es una verdad incontestable, ¿cómo no ha de serlo también la de que existe la inexcusable obligación de resarcir á los terceros arruinados los daños que una alevosa insurrección les ha traído?

Cabe en la hidalguía del carácter español el sentimiento de clemencia; pero á su lado está y grita el sentimiento de justicia. Lo sabemos, y por eso, como al principio hemos indicado, aun á riesgo de hacer cansada y enojosa esta cuestión, alzamos nuestra débil voz pidiendo públicamente que se dicten las disposiciones convenientes á fin de que cada uno y todos los que han sufrido en su hacienda por la presente insurrección, comprueben la legítima ascendencia de sus pérdidas para que en su día, después de ha-

berse cubierto los preferentes gastos extraordinarios á que ha tenido el Estado que atender para la salvación de la nacionalidad y de la existencia de nuestros pueblos, sean reintegrados con los bienes de cuantos participen en la rebelión, directa ó indirectamente, en mayor ó menor grado, hayan contribuido á los presentes males. Lo contrario fuera hacer que gravitase sobre los hombres leales las consecuencias del crimen perpetrado por enemigos alevosos de nuestra nacionalidad, y que estos vieran un día la ocasión de gozarse en medio de su abundancia, con la ruina de tantas familias sumidas por la insurrección en la indigencia.

De esto tenemos hoy ejemplos que acudir, y en el número próximo de LA INTEGRIDAD NACIONAL los citaremos, reclamando entonces en favor de individuos sumidos por la rebelión en la pobreza, y que ya reclaman justísimas indemnizaciones el cumplimiento de sagrados deberes á que puede atenderse con la venta de esos bienes que pertenecieron á los perpetradores ó á los instigadores de esos daños, adelantando desde hoy, que si otra cosa se hiciera, sería un acto de injusticia la más inexcusable é irritante.

La Cámara Constituyente ha escuchado por fin las anunciadas explicaciones del Sr. Presidente del Consejo de Ministros y ha podido convencerse el país de que la mayoría, de que el Gobierno, de que la Revolución en una palabra, es impotente, en sus actuales condiciones, para resolver el problema monárquico, para dar cima al edificio constitucional.

Este ha sido el término del tercer período de la elección de monarca en la hipótesis de que esta elección deba tener períodos.

El primero fué el de la candidatura de D. Fernando de Cobo y antes de que se concedieran al general Serrano los honores de la Regencia y este período se dió por terminado cuando el rey viudo de Portugal, en términos no muy gratos para nosotros por cierto, tuvo á bien rechazar la corona de San Fernando.

La candidatura del duque de Génova, fué el segundo período y después de muchos y muy enojados debates, hubo de ser retirada por la madre del joven candidato, dando esta determinación por resultado la prolongación de la interinidad durante algún tiempo y la caída del Sr. Ruiz Zorrilla y del Sr. Mártoz, ministros á la sazón de Gracia y Justicia, y Estado.

El tercer período es el que acaba de espirar, último esfuerzo que hombres de todos los partidos han hecho para sacar á España de su triste situación y que por desgracia ha sido tan estéril como los anteriores.

Ahora bien, ¿qué se desprende de estos desengaños que sucesivamente han recibido las clases productoras y contribuyentes á quienes alentaba la esperanza de ver constituido el país, resucitada la confianza, levantado el crédito, seguro el orden, y alentadas la industria y el comercio?

El general Prim ha dicho solemnemente que el Gobierno que preside deseaba y desea sacar á la nación del estado provisional que, á sus ojos, no es conveniente, pero que ha tropezado con obstáculos insuperables y ha debido en todas ocasiones desistirse de su laudable propósito. Sin embargo, su patriotismo exige de él que haga nuevas gestiones para resolver tan enojoso problema, y el Sr. Conde de Reus no desmayará en esta tarea; y por más que deje la iniciativa á las Cortes, confiesa que, si el Gobierno no tiene hoy candidato, podrá tenerlo mañana. Pero aunque tome la iniciativa la Cámara en este interesantísimo asunto, aunque la tome el Gobierno, ¿es posible que las actuales circunstancias, sobre todo después de votada la ley de elección de monarca con la enmienda del Sr. Rojo Arias, es posible, repetimos, que el rey quede elegido sin que sea impuesto por sorpresa y sin que venga á ser representante de una parcialidad determinada? ¿Qué candidato, cualesquiera que sean sus excelencias, puede reunir el sufragio de la mitad más uno de los diputados, en un Congreso dividido y subdividido en varias fracciones distintas? ¿Qué agrupación, en el estado á que han llegado las cosas, ha de prestarse á renunciar á sus compromisos y á sus afecciones después de haber contraído los primeros y de haber hecho gala de los segundos, á la faz de la nación? Esto no es verosímil; la inmensa mayoría de los diputados es hostil á la interinidad, pero nadie en la Cáma-

ra, á la altura en que se encuentran los acontecimientos, ha de abdicar de sí propio. Tradicionalistas, alfonsinos, republicanos, esparteristas, partidarios del Duque de Montpensier, todos desearán salir de la interinidad, todos se harán eco de las quejas de sus electores, todos están seguramente bien intencionados; pero ninguno de ellos desampará su bandera por grande que sea la influencia que ejerza sobre ellos, en determinados casos, el señor marqués de los Castillejos.

Por esta razón, la elección de monarca no se ha hecho, la elección de monarca no se hará ni se puede hacer mientras duren las Cortes Constituyentes de 1869. Compréndanlo así los Sres. Diputados y tengan el patriotismo de disolver la Cámara, si quieren que sea posible dar por terminada la interinidad. Es preciso abandonar la tarea á una diputación nueva, libre de compromisos, elegida por el pueblo con conocimiento de las circunstancias en que se halla, á presencia de las eventualidades que puedan surgir en un plazo más ó menos lejano. Esto es justo, esto es equitativo, esto es conveniente y hasta indispensable para que al candidato que las Cortes entronicen se le considere como designado por la opinión general. La elección de Soberano debe ser el primer acto de su vida parlamentaria, y de este modo no son posibles intrigas de donde provengan pocas dificultades é influencias que sean origen de abusos.

Probada la impotencia del actual Congreso para resolver el problema monárquico y dar cumplimiento al art. 33 del Código fundamental; reconocido por todas las fracciones, y más que por las fracciones, por todos los hombres de buena fé, que la prolongación de la interinidad es inconveniente, así en el orden político como en el orden material, ¿han de suspenderse las sesiones para que se reúnan nuevamente en Octubre próximo los mismos diputados y que vengan con idénticas opiniones?

La razón política que debe presidir en los Consejos del Regente del Reino ha de inspirar al señor conde de Reus, cuyo buen deseo y cuyos patrióticos fines no ponemos en duda, la resolución de proponer á las Cortes Constituyentes que hagan el sacrificio de sí mismas para que terminado el actual período, y reunidas ambas Cámaras, según previene la Constitución, acudan también los representantes de las Antillas y tomen parte en la discusión de las leyes que han de regirles y en la elección del monarca que haya de reinar sobre los españoles de ambos mundos.

REVISTA POLÍTICA.

Todo el interés político de la quincena primera de Junio, puede condensarse en los dos asuntos gravísimos que han ocupado á las Cortes durante este período: tales son la cuestión monárquica y la abolición de la esclavitud.

Llamadas ambas por su índole especial á influir poderosamente en la suerte futura del reino y en la grandeza ó decadencia de su importancia en el mundo, y como es natural, habían de preocupar hondamente todos los espíritus, sobre todo, los de las personas para quienes la política no es una grangería, sino el medio de cimentar los intereses de la sociedad y de elevarlos sobre bases sólidas y duraderas.

La interinidad ha estado siendo una desgracia para la nación, y era consiguiente, que todos los que tocan sus perjuicios ó están alentados por un átomo de patriotismo, sintieran una ansiedad extraordinaria y un deseo vivísimo por verla cesar.

Los clamores generales llegaron al fin á ejercer su influjo en las regiones del Gobierno y del Parlamento; pero no han dado por resultado práctico más que un alarde ostentoso de querer salir de ella, quedando reducido en definitiva á conato frustrado ó á la categoría de deseo poco vehemente.

Tristes augurios se hacían por todas partes si no cesaba estemes la interinidad, y sin embargo, todos los señores diputados se han resignado anteayer á que continúe hasta que el general Prim sea bastante dichoso para encontrar el candidato al trono que en vano ha buscado durante tanto tiempo, ó bien hasta que las Cortes fundan en una sola aspiración los votos heterogéneos de sus diputados.

Si esto es posible ó no, es una apreciación que queda á juicio del país, y que cada ciudadano verá según el prisma de sus intereses, de sus afecciones ó sus

ideas particulares. Sólo sabemos que las declaraciones del presidente del Consejo han sido una decepción, y decepción bien amarga para los que aguardaban con ansia días mejores para la patria, y quedan con la misma incertidumbre, y quizás con el temor de que el Gobierno tampoco halle en adelante lo que ha prometido buscar, teniendo que perpetuarse la interinidad, ó ser víctima el país de otro nuevo pronunciamiento iniciado por los muchos elementos hostiles á la situación que se van amontonando.

Tan crítica era la situación hace quince días, que el presidente del Consejo quiso oír privadamente la opinión de los diputados de la mayoría monárquica de la Cámara, y procedió á consultarlos por tandas ó grupos de los correspondientes á cada provincia, y no teniendo el Gobierno candidato al trono, les propuso conceder al Regente todas las atribuciones que dá al monarca la Constitución del Estado; pero fueron muy pocos los que aceptaron tal solución, teniendo el general Prim en vista de ello que renunciar á esa solución.

La prensa de oposición no ha dejado pasar la oportunidad sin dirigir dardos acerados contra ese alto funcionario, atribuyéndole que si en público demostraba deseos de normalizar la situación, en privado no ocultaba á sus amigos que vería con gusto los ataques contra ese pensamiento.

El Sr. Izquierdo, diputado á Cortes y Capitan general de Madrid, queriendo hacerse intérprete de la opinión pública, convocó de concierto con otros diputados á todos los que estuviesen resueltos á hacer cesar la interinidad, para que pesasen en las Cortes sus votos y su influjo á favor de la pronta elección de monarca.

El general Prim, no queriendo dejar á la simple iniciativa de un diputado, un asunto, en el cual empezaban á ocuparse con interés ardiente otros muchos diputados, ni que el país le juzgase indiferente, convocó por cartas á todos los presentes y ausentes de Madrid, para que el día 11 no faltaran en la Cámara donde tenía que hacerles comunicaciones importantes respecto á la cuestión monárquica.

Mientras esto pasaba, los esparteristas se agitaban extraordinariamente tratando de crear atmósfera á favor de la solución que proponían; daban su manifiesto encomiástico encareciendo las altas condiciones de su candidato para ocupar el trono, y celebraban por último el día cinco una manifestación pública, que en forma de procesión atravesó Madrid desde la casa de la Villa hasta la Puerta de Alcalá. En ella se dice que tomaron parte muchos enemigos de la situación, que conforme hemos oído, consideraban el acto como una protesta anti-montpensierista. Al día siguiente, ponderaban ó amenguaban la importancia del suceso los partidarios y adversarios de tal solución, llegando la pasión en unos y otros á tal extremo, que mientras los esparteristas enviaban telegramas y correspondencias á las provincias anunciando que habían asistido 50.000 hombres, los otros no le concedían más de 4.000 almas: como imparciales entre unos y otros no podemos menos de confesar que asistieran unas 8.000 personas.

Bajo la impresión de tal acontecimiento, del que trataban de sacar partido los diputados esparteristas, y principalmente los Sres. Madoz, y Salmeron y Alonso, y en medio de los esfuerzos cada vez más ardientes de otra parte de la prensa en favor del duque de Montpensier, comenzó á discutirse la ley sobre la manera de proceder á la elección de monarca.

La comisión de Constitución que había redactado el dictamen estuvo unánime, con escepción del Sr. Rojo Arias que disintió en un punto esencial. Los que lo hayan leído, y á su tiempo lo insertamos en nuestro periódico, recordarán, que mientras la mayoría de la comisión requería en favor del candidato que hubieran de obtener la corona, la mitad más uno de los diputados presentes al acto de la elección, el Sr. Rojo Arias exigía la mitad más uno de los diputados existentes y admitidos.

Toda la discusión ha versado sobre este punto, y aunque el Sr. Ríos Rosas probó con una lógica irresistible que ningún candidato de los probables entre los dos que tenían adeptos en la Cámara, podían reunir mayoría de tal manera, y sería imposible la elección, las Cortes, sin embargo, por 133 votos contra 124, dieron la razón al Sr. Rojo Arias.

Desde ese momento todo el mundo ha dado por muerta la candidatura de Mont-

pensier; pero los gritos de victoria de sus adversarios no han producido desaliento en sus partidarios, que sostienen que lo que ha herido de muerte el voto particular es la idea monárquica, á no ser que vengan otras Cortes que con mejor acuerdo logren desprenderse de las preocupaciones y compromisos de estas, cesando el fraccionamiento de que estas adolecen, haciendo imposible toda avenencia.

Corroborada esta apreciación de una parte de la prensa, la circunstancia de haber decidido el éxito de la votación las fracciones republicana y carlista, sin las cuales hubiera triunfado el voto de la comisión; pero estando en el interés de ellas impedir toda solución monárquica inmediata, no han vacilado en prestar su apoyo á los diputados monárquicos que mostraban tenaz interés por la continuación de la interinidad, siendo singular que mientras el Gobierno rechazaba el voto del Sr. Rojo Arias, los amigos del general Prim votaran contra la opinión del Gobierno.

Durante esta discusión ha pronunciado un admirable discurso el eminente orador Sr. Cánovas del Castillo, manifestando sus simpatías por el príncipe Alfonso, y declarándose partidario de su candidatura al trono. Hablaron además el ministro de la Gobernación, y los señores Romero Giron, Rodríguez y Morales Díaz, marqués de la Vega de Armijo y Ulloa.

La misma noche del día en que se verificaba el acto político que tanta trascendencia había de tener en España, se reunían en el Senado hasta 95 diputados de las tres fracciones monárquicas del Congreso, para deliberar sobre el asunto en que había tomado la iniciativa el general Izquierdo.

Aún duraba la emoción en el ánimo de todo el mundo, porque implícitamente lo que se había resuelto era la continuación de la interinidad: penosa era la situación de los que iban á intentar algo superior á sus fuerzas, y sin embargo, después de un debate patriótico y levantado, decidieron por unanimidad sostener en las Cortes la necesidad de poner término á esta situación anormal, y notificarlo al general Prim, para lo que nombraron una comisión.

Reunidos de nuevo la noche del 10, la comisión dió cuenta que el general Prim les había manifestado que deseaba tanto como ellos la elección de rey; pero que no tenía candidato, y aceptaría el que ellos propusieran si obtenía mayoría en la Cámara.

En vista de esta contestación y de la imposibilidad que creaba por el momento la ley votada, prevaleció la idea de rogar al general Prim que para la primera sesión de Octubre tuviera buscado un candidato al trono; pero ningún acuerdo se tomó en esta reunión, traluciendo el desaliento de todos. — Si su objeto había sido hacer constar ante el país quiénes querían la pronta elección de monarca, y quiénes la interinidad, el objeto deben haberlo logrado, por más que ese vano y estéril alarde de oposición se haya trocado en una confesión tácita de impotencia política.

Con tales antecedentes, el general Prim se levantaba en las Cortes el día 11 á declarar en pleno Parlamento la inutilidad de las gestiones que había hecho durante su mando, pues los distintos príncipes en que había puesto los ojos todos habían rechazado tal honra; pero que seguiría buscándolo: que sin embargo, los diputados ó las fracciones de la Cámara podían usar de su iniciativa presentando al que tuvieran por conveniente. Como su discurso lo reproducimos en nuestro número de hoy, así como la magnífica y elocuente improvisación del señor Ríos Rosas; escusamos comentarios, pues su contexto sintetiza admirablemente cuál es nuestro estado actual.

Grande, inmenso va á ser el desencanto en todos los ámbitos de la nación al perder esta última esperanza de salud, cuando tantos peligros nos amagan aquí y en Ultramar.

Simultáneamente con tal cuestión se propuso el ministro de Ultramar precipitar la solución del problema social en las Antillas, y á pesar de todas las observaciones y ruegos que se le han dirigido, ha seguido adelante, anticipándose con su proyecto de abolición á los anunciados de los Sres. Padial y Rebullida: menos radical que dichos señores, pedía en uno de sus artículos una autorización omnimoda para realizar como lo tuviera por conveniente la emancipación total. Era tan falta de sentido político y tan monstruosa la facultad discrecional que

TELÉGRAMAS.

PARIS 11.—Un telegrama de Pola anuncia que varios buques de guerra vigilan el litoral de Istria para impedir el desembarco de los voluntarios italianos.

En la Bolsa han cerrado:
3 por 100 interior español, a 27 3/4.
3 por 100 exterior, id., 32 3/8.
3 por 100 francés, a 74.70.
4 1/2 por 100 id., a 103.75.

LONDRES 11.—Consolidados ingleses de 92 7/8 a 93.
3 por 100 portugués, a 33 3/4.
3 por 100 exterior, id., a 31 1/8.

FRANCOFORT 11.—3 por 100 exterior español, a 30 3/8.

LISBOA 11.—Ayer salió el ministro italiano de esta capital.

Ha llegado la mala del Brasil, y trae noticias del Rio-Janeiro.

Dice que continúa la guerra civil entre las repúblicas Oriental y Argentina; se dice que el general Bartolomé ha derrotado al general Mitre, causándole algunos muertos y muchos heridos.

Hay insurreccionados cerca de Montevideo.

Los fondos en Rio-Janeiro están a 23 1/3 23 1/4, sobre Londres, libras esterlinas 10.500. Más animación en el comercio.

FLORENCIA 11.—En la sesión del Senado de hoy, el Sr. Lanza aseguró que el Gobierno se halla decidido a emplear la mayor energía, para reprimir los movimientos facciosos.

PARIS 11.—A primera hora se cotizaban:
3 por 100 francés, a 74.72.
3 por 100 exterior, id., a 27 1/8.
3 por 100 exterior id., 1837, a 31 5/8.
3 por 100 id. id., 1869, a 31.

LISBOA 11.—Se ha creado un nuevo ministerio de instrucción política. (¿Pública?) Se ha nombrado una comisión para reformar la ley electoral.

El rey ha saludado a la reina de Inglaterra por el cable submarino de Lisboa e Inglaterra que se acaba de establecer. Brevemente se abrirá al público.

LISBOA 12.—«El Jornal do Comercio» atribuye a una intriga palaciega el conflicto entre el mariscal Saldanha y el ministro plenipotenciario de Italia en Lisboa.

«La Gaceta de Povo» da grandes proporciones a la renuncia que ha hecho el infante D. Augusto del cargo de coronel del regimiento de lanceros y de la recepción en Palacio del capitán Mendonça.

«El Diario Popular» habla de rumores de una conspiración contrarrevolucionaria.

Llegó en un buque de guerra el general Barón de Rio Zezeres, íntimo amigo del mariscal Saldanha, que estaba desterrado en los Azores. Gran número de hombres políticos fueron a cumplimentarle a bordo.

PARIS 13.—El Sr. Rivecourt, ministro portugués, entregó ayer al Emperador la carta que da fin a su misión.

Se asegura que Mr. Brenier dirigirá el martes próximo en el Senado una interpección al gobierno acerca del tratado entre Francia y España y tratará de las sentencias en materia de asuntos civiles.

ROMA 11.—Ayer Mgr. Daplanou, arzobispo, ha combatido energicamente en medio de la atención general las tendencias falsas de determinada escuela a exagerar los derechos y las prerogativas del Papa.

Se cree que la discusión sobre el primado (primado) de Su Santidad, acabará la semana próxima, pero setenta y dos oradores, entre ellos quince franceses han pedido la palabra en contra de la infalibilidad del Papa cuando se abra la discusión.

SECCION RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.—San Antonio de Padua.

SANTO DE MAÑANA.—San Basilio el Magno.—Nació este Santo en Eslaptopo, de nobles y virtuosos padres. Cursó los colegios de Cesarea, Constantinopla y Atenas, dedicándose muy particularmente al estudio de las Santas Escrituras. Estuvo algún tiempo en Egipto y después pasó el Ponto, donde vivió muchos años en compañía de San Gregorio Nacianceno. Fundó la orden que lleva su nombre y fue nombrado obispo de Cesarea; falleció el día 1.º de Enero del año 378.

Cultos.—Cuarenta horas en las Capuchinas, donde habrá misa mayor a las diez y por la tarde preces y reserva.—Signe la novena de San Antonio, predicando: en San Antonio del Prado, D. Manuel Casús y D. Gerónimo Llorente, y en Santa Cruz, D. Manuel de Perez y D. Eduardo Reina; en las Maravillas sólo por la tarde y será sin sermón.—En los Portugueses se obsequiará al Santo como todos los martes y en los Italianos y Oratorios habrá por la noche los ejercicios acostumbrados.

Se reza de San Basilio, con rito doble. Visita de la Corte de María Nuestra Señora del Destierro, en San Martín.

ESPECTÁCULOS.

TEATRO DE LA ZARZUELA.—A las nueve de la noche.—A beneficio del Sr. Salsas.—Acto primero de la «Sonambula».—«El loco de la guardilla».—Cavatina de la ópera «Bely».—«Ena y aria de Herminia».—Aria de «Il fantástico per la musica».—«El Vezconde».

TEATRO DE VERANO.—A las nueve de la noche.—Función a beneficio de los autores de la revista «Los infernos del Dinte».—«Baile».—«La inspiración».—romanza por el Sr. Guzman.—«Duo de tiple y barítono» de la zarzuela «Los Alcaides de Monzon».—por la señorita Alcala y el Sr. Guzman.—«La zarzuela».—«Un pleito».—La revista «Los Infernos del Dante».

CIRCO Y TEATRO DE PRICE.—A las nueve.—Grandes y escogidos ejercicios ecuestres y gimnásticos, en los que tomará parte Avolo, la familia Hulme y Keith.—La gran pantomima «Los bandidos de la Calabria».

MADRID.—IMP. DE LA INTEGRIDAD NACIONAL,

calle de las Dos Hermanas 47

pedia, que la comision parlamentaria encargada de dar dictamen sobre el proyecto, le ha negado, sin embargo de aceptar el espíritu de la ley propuesta.

Comenzó la discusión por un admirable y elocuente discurso de uno de los ardientes defensores que tiene en las Cortes el partido nacional de Cuba. El señor Romero Robledo, con ese celo incansable que en todas ocasiones ha desplegado por los intereses de nuestra raza en las Antillas, ha probado hasta la evidencia la ilegalidad y la falta política de entrar en la discusión de este asunto sin estar presentes los diputados de dichas provincias, y el Sr. Ortiz de Zárate lo ha apoyado en el mismo sentido, tachando su inoportunidad.

Un discurso pálido y trivial del Sr. Linares y otro del Sr. Gallego Diaz han venido a evidenciar el poco tacto con que se viene en estos momentos a complicar el estado actual de Cuba, temor que no ha podido disipar el Sr. Moret al hablar por los intereses de nuestra raza en las Antillas, ha probado hasta la evidencia la ilegalidad y la falta política de entrar en la discusión de este asunto sin estar presentes los diputados de dichas provincias, y el Sr. Ortiz de Zárate lo ha apoyado en el mismo sentido, tachando su inoportunidad.

No sabemos si las noticias alarmantes que llegan de Cuba lograrán contenerlo en la pendiente que sigue, desvanecido quizá por el ansia de una vana popularidad que tantas desgracias puede originar allá.

Pero está visto, que entre las lágrimas que pueden hacerse derramar a nuestra raza y los aplausos de las negrillas, se se opta por lo segundo, y lo más que se concede es que allá en Octubre ó cuando vuelva a haber Cortes se oirá a los diputados cubanos, sobre lo que quede que hacer despues de sentado el principio, como se ha creído conveniente.

Cuando nuestros lectores pasen su vista por estos renglones, ya el telegrama les habrá llevado el resultado de la lucha entre los que sostenemos el aplazamiento de tal asunto en las Cortes y los que precipitan su resolución.

Se han discutido y aprobado en estos días las leyes siguientes:

De Registro civil.
De Aranceles notariales.
De Presupuesto de ingresos.

Ha seguido discutiéndose la de ampliación de ferro-carriles, sucediendo lo que era de esperar, que cada diputado quiere un ramal para su respectivo distrito.

En cuanto a actos oficiales, despues de la concesion del Tison de Oro al Sr. Lasserne, que tan dignamente ocupa la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia, han aparecido en la Gaceta los decretos siguientes:

Ordenando que en el plazo de seis meses se revisen los expedientes de clases pasivas de Ultramar por el tribunal competente.

Mandando suspender el decreto sobre cesantías de Ultramar, del Sr. Becerra, despues de promulgada la ley reciente.

Fijando las reglas a que tienen que atemperarse en los consulados extranjeros todos los capitanes de buque que vayan a los dominios de Ultramar.

Ordenando un censo general en toda la Península en este año.

Sacando a subasta la adquisicion de 1,427,000 kilogramos de tabaco de la Vuelta Ariba.

La efervescencia producida en Madrid por los rumores sobre robos de niños se ha calmado al fin, pues empezaban a abultarla haciéndola servir de arma de partido las varias parcialidades políticas que aquí luchan; se ha probado, y la autoridad lo ha confirmado, que todos eran falsos rumores.

Se acaba de conceder un cable telegráfico de la Coruña a Inglaterra, ventaja inapreciable que palparémos el día que se dificulte la mediación de Francia, y conozcamos la conveniencia de las comunicaciones directas con un país con el que nos ligan tantas relaciones comerciales.

En medio del excecpticismo que propaga la demagogia, no deja de ser consolador ver los precios extraordinarios que están alcanzando las más insignificantes alhajas de la Virgen del Pilar, siendo una verdadera lucha piadosa la que está teniendo lugar entre todos los que ansian adquirir cualquiera objeto que haya adornado a la escelsa Patrona de los aragoneses, para conservarlo como una reliquia: esta venta ha sido autorizada con aplauso de sus millares de devotos, pues saben que el producto ha de invertirse en la restauracion y ensanche del histórico y suntuoso templo que cobija el venerable Pilar de la Virgen.

Aunque las turbulencias civiles no han sido bastante poderosas para desarraigar la religiosidad de nuestro pueblo, son, sin embargo, la causa eficiente del desbordamiento de criminalidad que aflige las provincias, y que acaba de dar lugar al terrible drama que comienza a la vista de Gibraltar con el secuestro de dos súbditos ingleses, y concluye en las cercanías de Sevilla con la muerte violenta de los tres bandidos que habían llevado a cabo este golpe de mano: el Gobierno ha desplegado una grandísima habilidad, y despues de obtener la libertad de las personas capturadas, no ha tenido misericordia con los criminales desde que han hecho resistencia.

No continuaremos el cuadro de nuestros males, pues las noticias sueltas de todos los correos habían llevado al conocimiento de nuestros lectores esa multitud de sucesos aislados que no caben en los estrechos límites de una revista.

Como sistema político, sólo anotaremos al concluir la disidencia que comienza a bosquejarse en la fracción cimbria. El *Imparcial*, que hasta ahora había sido órgano de esa fracción, principia a hostilizar al Sr. Rivero, que hasta hoy había sido reconocido como el hombre más eminente y su jefe, y a pedir su salida del Ministerio de Gobernacion, indicando de paso la conveniencia de que sea sustituido por el Sr. Martos. Las dos tendencias distintas de esa fracción se hacen cada vez más perceptibles, siendo la del Sr. Martos llevar el espíritu revolucionario a su último límite.

Sintetizando la situación en los momentos que cerramos esta revista, sólo diremos que la interinidad está ya decretada para muchos meses, mostrándonos un horizonte preñado de peligros; mientras por otra parte, la obstinacion en resolver inoportunamente la cuestion social de nuestras Antillas, hace temblar por su porvenir a los hombres pensadores y a todo el que no sea un ignorante en las cosas de América.

Algunos periódicos, ocupándose de la nueva ley de clases pasivas de Ultramar, han manifestado el temor de que la revision de todos los expedientes de clasificación sea imposible en el preciso término de seis meses fijado en ella. Añaden, que los interesados temen verse privados del percibo de sus haberes hasta tanto que sus expedientes hayan sido vistos de nuevo por el tribunal de primera instancia de clases pasivas. Y no ha faltado quien indique la conveniencia de dejar sin efecto el decreto de 9 de Diciembre último, a fin de evitar sus consecuencias.

Nuestros informes nos permiten asegurar que aquellos temores son infundados.

La revision de expedientes no es absoluta, puesto que quedan exentos de ella las viudas, huérfanos y muchos de los cesantes y jubilados a quienes no alcanza lo dispuesto en la ley últimamente decretada por las Cortes Constituyentes. La revision, pues, podrá hacerse por el referido tribunal en los seis meses que se fijan.

La idea de que los haberes pudieran quedar en suspenso, es un absurdo, hijo tan solo de un exceso de recelo de algunos interesados, pues el Gobierno ha de procurar siempre interpretar la ley a favor de los derechos adquiridos, que no encuentra suya.

Han llegado a Madrid y sido depositados en la basílica de Atocha, los restos de la heroína de Zaragoza, que van a ser trasladados a aquella capital.

Hemos recibido el folleto que acaba de publicar el Sr. D. Rafael M. Labra, titulado *La Cuestion de Puerto Rico*, y nos proponemos ocuparnos de ese trabajo con la extension que reclama, por lo mismo que juzgamos conveniente refutar las opiniones que en él se consignan, a nuestro juicio perjudiciales para la conservación de nuestra nacionalidad en las Antillas.

Nada había dicho el telegrama del conflicto a que ha dado lugar en Valencia la fiesta celebrada en el casino carlista en honor de doña Margarita de Borbon. Desde por la tarde hubo grupos delante del edificio, lo cual no retrajo de asistir a muchas personas, muchas de ellas señoras. Hubo gritos, piedras a los balcones y un alcalde de barrio fué herido de un palo al querer penetrar en la casa. Con esto aumentó la alarma, y tuvo que asistir el gobernador, acompañado de un piquete de infantería y del juez del distrito; pero los grupos no se retiraron hasta que se supo que el casino tradicionalista había sido cerrado.

Los individuos de la asociacion defensora de la produccion nacional, propietarios y cultivadores de tierras arborescenciales de Valencia, han elevado al gobierno una exposicion sobre los derechos que deben

imponerse a los arroces nacionales y extranjeros a su importacion a Cuba, en vista del nuevo arancel remitido por el intendente de aquella Isla a la aprobacion del gobierno.

Una carta de Zaragoza refiere que la venta de las alhajas de la Virgen del Pilar ha producido admirable resultado, porque todos querian contribuir a que las grandiosas obras del templo pudieran terminarse. La piedad de los fieles había proporcionado tres millones de reales, y ahora con el producto de las alhajas seguirán las obras, no siendo cierto que las cantidades recaudadas se destinen al sostenimiento del culto y de sus ministros.

Tomamos de *La Correspondencia de España* el siguiente telegrama:

«Sevilla 12.—Asistida en la noche de ayer por siete ladrones la casa del marqués de Casa Ulla, en Utrera, y apodados dentro de la misma igual número de guardias civiles con el capitán Mantilla, hicieron resistencia los criminales, de los cuales quedaron seis muertos en el acto, y el séptimo muy mal herido. Los guardias salieron ileso del combate. El juzgado ordinario entiende ya en este asunto.

Segun las últimas noticias electorales de Motril, el Sr. Balart ha obtenido 13,394 votos, y el candidato absolutista Sr. Calderon, 2,927.

En Santa Fé no se ha podido aún constituir la mesa electoral, y en Hueto no hubo ayer votacion por falta de electores.

Parece que se prepara una batalla por los grupos más avanzados de la Cámara contra el ministro de Gracia y Justicia por la parte del Código penal referente a la imprenta.

En la Gaceta se publica un edicto llamando al brigadier D. Tomás O'Ryan y Vazquez, para que se presente en la Capitanía general a cumplimentar la orden de 25 de mayo anterior, por la que se dispuso regresase desde luego a Madrid, donde tiene fijada su residencia de cuartel. Nuestros lectores conocen las razones que detienen en el extranjero a dicho señor.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Circular.

Excmo. Sr.: En vista de las comunicaciones dirigidas a este ministerio por el de Estado dando cuenta de las quejas producidas con motivo de las multas impuestas en las aduanas de la isla de Cuba a diferentes capitanes de buques mercantes por la falta de presentación de una tercera copia del manifiesto; y considerando que este documento se ha exigido a consecuencia de una orden al parecer dictada por el administrador de la aduana de Santiago de Cuba, abrogándose facultades que de ningún modo le competen, é introduciendo una gran perturbacion en el comercio, causándole graves perjuicios en vez de conciliar sus intereses con los del fisco, evitando todo vejamen, molestia ó dilacion inútil en el despacho; el Regente del reino, sin perjuicio de las demás medidas que por este ministerio se adopten sobre este punto, ha tenido a bien resolver:

1.º Que se devuelvan todas las multas impuestas en la isla de Cuba por la falta de presentación de una tercera copia del manifiesto.

2.º Que bajo ningún concepto, y como se halla prevenido en la legislación del ramo, las Autoridades de las provincias de Ultramar alteren, reformen ni adicionen la legislación de Aduanas, cuya facultad está reservada exclusivamente al Gobierno supremo de la Nación, siendo las mismas Autoridades personalmente responsables de cualquier trasgresion de ley que cometan en este sentido.

Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 9 de Junio de 1870.—S. Moret.—Sres. Gobernadores superiores civiles de las provincias de Ultramar.

Excmo. Sr.: En vista de varias comunicaciones dirigidas por V. E. a este Ministerio haciendo presentes las reclamaciones formuladas por algunos Capitanes de buques mercantes con motivo de las multas que se les ha impuesto en las Aduanas de la isla de Cuba por no cumplir las formalidades prescritas en la real orden de 1.º de Julio de 1859, de la J. E. S. A. me dirijo a V. E. a fin de que, para conciliar los intereses del Estado con los del comercio y evitar la repetición de aquellas faltas, se sirva V. E. encargar a los Consules y Viceconsules de España en el extranjero que den la mayor publicidad al adjunto documento, que contiene las reglas dictadas en 1.º de Julio de 1859 con las modificaciones que posteriormente se han introducido, y que deberán insertarlo frecuentemente en los periódicos de las respectivas localidades.

Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 9 de Junio de 1870.—Segismundo Moret y Prendergast.

Excmo. S.: Vista la carta oficial de V. E. núm. 179, de 8 de Marzo último, dando cuenta del expediente instruido para que las clases pasivas que tienen consignados sus haberes en esas Cajas elijan habilitado que se los distribuya.

Visto el acuerdo de esa Intendencia, fecha 7 de Febrero anterior, inserto en la Gaceta de esa capital correspondiente al día 13 de igual mes, disponiendo que no se admitan las justificaciones de existencia de los individuos pertenecientes a las referidas clases sin la legalización por tres Notarios; y vista una exposición dirigida a este Ministerio para que se dejen sin efecto los referidos acuerdos:

Considerando que el establecimiento de los habilitados para el pago de los referidos haberes da lugar a abusos y no ofrece al Tesoro ni a los interesados las seguridades convenientes:

Considerando que por estas causas fueron suprimidos en la Península por real decreto de 1.º de Julio de 1833, que dispuso volvieran las Contadurías y Tesorerías a encargarse de la formación de las respectivas nóminas y de los pagos directos e individuales; por cuyo motivo no es oportuno llevar a esa Isla la misma institución que tampoco fué establecida en Filipinas, a pesar de haberlo propuesto el Gobernador superior civil de aquel Archipiélago:

Considerando que la medida relativa a la legalización por tres notarios de los documentos que han de acreditar la existencia de los individuos pertenecientes a las repetidas clases pasivas, prescrita en reales órdenes de 19 de Enero de 1842 y 14 de Setiembre de 1861, está hoy en desacuerdo con el artículo 96 del reglamento general para el cumplimiento de la ley de 28 de Mayo de 1862 sobre la constitucion del Notariado:

Considerando, por último, la conveniencia de poner en armonia en cuanto sea posible la legislación de Ultramar con la de la Península;

El regente del reino ha tenido a bien dictar para su cumplimiento en todas las provincias de Ultramar las reglas siguientes:

Primera. Los individuos de las clases pasivas civiles de Ultramar percibirán de las respectivas tesorerías de Hacienda pública directa e individualmente ó por medio de apoderado, hallándose ausentes ó impedidos, los haberes que les estén legalmente declarados, formándose las nóminas por las ordenaciones de pagos ó contadurías, y cuidando de que a fin de cada mes queden debidamente formalizados los pagos hechos por aquel concepto:

Segunda. Las viudas y huérfanos en todos los casos, y los jubilados y cesantes cuando por imposibilidad física ó por residir en otros puntos no pudieran recibir personalmente sus haberes y firmar las nóminas, acreditarán su estado de existencia con certificación expedida por el cura párroco de la feligresia en que residan, empleándose impresos que contengan las indicaciones y claros correspondientes, que se llenarán con la expresion de las circunstancias de cada caso, segun los modelos adjuntos números 1.º y 2.º.

En estas certificaciones y a continuación de la firma del párroco extenderá la autoridad municipal del distrito, pueblo ó barrio en que se hallen empadronados los interesados su conformidad respecto a este extremo, estampando el correspondiente sello de la dependencia. En los puntos donde no hubiere autoridad municipal lo verificará en iguales términos el jefe de policía.

Los interesados declararán bajo su firma y responsabilidad, por medio de nota puesta a continuación del conforme, que no perciben de los fondos generales, provinciales ni municipales otra cantidad que la acreditada en la nómina de que deberá ser justificante la fé de existencia.

Tercera. Los que con la competente licencia residan en el extranjero acreditarán su existencia ó su estado, en caso de viudedad ó orfandad, con certificación del funcionario consular ó diplomático español del punto en que tengan su domicilio, estampando los interesados la nota ó declaración que expresa la regla anterior.

Cuarta. Los jubilados y cesantes que sean senadores ó diputados, y aquellos que por razón de los destinos que hubieren servido en propiedad tengan carácter de magistrados, jefes de administración ó coronales de ejército, pueden prescindir de la certificación, bastando un oficio escrito y firmado de su puño y letra dirigido al ordenador de pagos ó contador respectivo, y en que hagan la declaración del pueblo, calle y casa en que residen, la asignación que les esté reconocida por el concepto de cesante ó jubilado por la motive, y no percibir otra cantidad de los fondos generales, provinciales ni municipales, con el requisito de la conformidad que expresa la regla segunda en cuanto al empadronamiento del interesado.

Quinta. La declaración expresada de no percibir más haberes que los que tengan señalados como pasivos se entenderá sin perjuicio de la que en el mismo sentido se haga constar en las nóminas.

Y sexta. Los documentos de justificación de existencia que han de presentar los interesados en los meses de Junio y Diciembre de cada año serán legalizados por dos Notarios.

De orden de S. A. lo digo a V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes, acompañando los modelos a que se refiere la regla segunda. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 8 de Junio de 1870.—Moret—Sr. Gobernador superior civil de la isla de Cuba.

Se comunicó esta orden a los Gobernadores superiores civiles de Filipinas y Puerto-Rico y al Gobernador, de Fernando Poo.

EXTRANJERO.

—El movimiento revolucionario en Italia se deshace por sí mismo ante la indiferencia de las poblaciones por la decantada república universal.

Las partidas que debían congregarse a toda la juventud de Italia al rededor de la bandera del porvenir, no han podido eugrosarse en parte alguna, y se han visto obligados a dispersarse ante los destacamentos de las tropas reales.

Una partida de sesenta individuos que se había presentado junto a Luca, se desvaneció a la primera aparición de las tropas. En Pisa, otra partida que trataba de quitar los rails del ferro-carril, fué rechazada por los empleados solamente. En Lirna se han hecho numerosas prisiones entre los antiguos garibaldinos.

El gobierno ha logrado echar mano a varios ciudadanos sospechosos de haber tomado parte en la insurreccion, encontrándoles despachos de jefe de partida firmados por Mazzini.

También el Gabinete de Florencia tomó disposiciones eficaces para proteger las fronteras pontificias amenazadas por las partidas mazzinianas. Los jefes de las partidas han sido internados en las provincias italianas del Norte y ocupado el material de que disponían. El general comandante del cuerpo expedicionario francés parece haberse puesto además de acuerdo con el ministro de las armas en Roma para hacer que las tropas pontificias vigilen las fronteras.

El orden no se ha alterado en Génova, como se temía; sin embargo, más de 4.000 obreros han acudido a la manifestacion provocada por ellos, y las greves continúan, siendo la situación muy tirante.